

DOCUMENTOS

A miéto querido hermano
Pepe y Montserrat con todo
amor
Herman y María

ESCUELA DE SERVICIO SOCIAL
ANEXA AL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA
SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá 26. Abril 1945

BOGOTÁ 25 DE DICIEMBRE DE 1944

EL SENTIDO DE LA VIDA DE LA MUJER

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA SESIÓN DE CLAUSURA DE LA «ESCUELA DE SERVICIO SOCIAL» DE BOGOTÁ, POR LA DIRECTORA SRA. MARÍA A. CABELLA DE VERGARA, EN EL AÑO DE MCMXLIV.

Señoras Miembros del Concejo Directivo, Estimados Profesores y alumnas, Señoras y Señores:

Hay actualmente una inquietud respecto del ideal femenino, que produce con creciente intensidad polémicas apasionadas, una de las cuales, la más reciente, ha sido provocada por el discurso del Señor Ministro de Educación, Doctor Antonio Rocha. No se trata tanto de una inquietud de las mujeres, cuanto de una inquietud respecto de la mujer, compartida igualmente por éstas y por los hombres. Cualquiera que sea la opinión que sobre este asunto se tenga, todos podemos coincidir en la aceptación del hecho de que la sociedad busca nuevos rumbos y posibilidades de expansión para la mujer. Nosotras buscamos nuevos modos de ser y de obrar, en tanto que los hombres buscan nuevos tipos de mujer. Hay un desengaño y hasta una aversión creciente hacia esa concepción del ideal femenino que se tiene por tradicional. ¿Qué hay en la antigua concepción de la mujer ideal, que sea tan repudiable, y qué en las orientaciones del feminismo que sea tan atrayente? ¿Qué valores defienden los tradicionalistas o antifeministas y por cuáles luchan los modernos?

Las gentes de cada generación llaman antiguo o tradicional lo que fué característico de las dos o tres generaciones que las precedieron inmediatamente. El conocimiento de la historia antigua se resume para la mayoría, en el recuerdo de las costumbres de sus abuelos, y a veces de sus padres. El sentido de la vida y de las costumbres de un siglo atrás entran en una categoría distinta de lo tradicional, que es la de lo desconocido. Así que, en lo relativo al ideal femenino, hemos de entender por tradicional aquel en que se inspiraron las generaciones durante la

última mitad del siglo pasado y los comienzos del presente, tanto en Europa Central, como en América y especialmente en la América Latina, que ha venido inspirándose en los ideales franceses durante dicho lapso. Me parece fácil ponerse de acuerdo en que tal ideal está caracterizado por el romanticismo. Para la mentalidad romántica, de la cual quedan aún suficientes ejemplares para la comprobación, la jerarquía de los valores femeninos está encabezada por la belleza y seguida por la gracia, la fragilidad, la timidez, la ternura, la ignorancia, la domesticidad, el sentimentalismo y la piedad. El hombre romántico al entrar a su casa anhela despojarse de todo cuanto hace la vida de la calle fatigosa aunque interesante, sobre todo de las preocupaciones intelectuales, ya sean las que trae la lucha antirreligiosa como las que trae la revolución política. En el hogar todo ha de ser supresión de cualquier esfuerzo intelectual y satisfacción de todas las exigencias lícitas de la animalidad. La mujer, ocupada en ser bonita, en alimentar su sentimentalismo con una piedad que el hombre le tolera con aire de compasiva superioridad, en desempeñar las interminables e imperceptibles labores de ama de llaves, no tiene oportunidad ni experimenta la necesidad de ilustrarse y mucho menos la de ponerse al servicio del bienestar y progreso sociales.

Este concepto del ideal femenino contra el cual protestan más o menos todas las corrientes feministas, está como penetrado de cierto ambiente espiritual que lo inspira y respalda y sin el cual no hubiera podido ser concebido. Me refiero al laicismo o naturalismo que afectó no sólo la concepción del Estado, sino la del hogar. La mujer, para la mentalidad laicista, es una criatura a la que llama fácilmente adorable, pero que, en la práctica, no es siquiera respetable. Es una criatura que vale en la medida en que es joven, bella, atractiva, tierna y hasta hacendosa, siempre que haya un hombre que pague ese valor. Embriagador sentido de la vida para la joven que sin esfuerzo alguno de su voluntad, se encontraba de un momento a otro ante el espectáculo de los hombres rendidos a sus plantas! Desolador sentido de la vida para la mujer cuya inteligencia y voluntad piden objetos más propios que el culto incierto y fugaz del hombre!

El laicismo llevó la desazón, el descontento y el tedio al alma de la mujer lo mismo que a la del hombre; y así como éste ha empezado a buscar su reden-

ción en nuevos órdenes políticos y en ideales de grandeza puramente material que sólo han conseguido llevarle a una desolación sin precedentes, así también la mujer ha empezado a buscar su redención en formas de vida, que resultan revolucionarias para la mentalidad y costumbres románticas.

La mujer no podía soportar el estatuto de inferioridad espiritual e intelectual en que la estableciera el laicismo romántico y, estimulada por la general inquietud de los espíritus trata de reivindicar su dignidad de persona inteligente y libre, que se ve modelada por el ambiente social y que, al mismo tiempo, comprende que puede y debe ejercer influencia en su medio. Desgraciadamente, en muchas orientaciones feministas se echa de menos un conocimiento exacto del mal que combate y del bien que anhela y, en ocasiones, con pretexto de combatir errores tradicionales, se combate lo poco o mucho que de valioso y digno de conservarse había en el modo de vivir de nuestros antepasados sin que sea reemplazado por efectivas reivindicaciones. Se pone mucho entusiasmo en hacer cosas distintas a las que hacían las mujeres de fin de siglo, cuando lo esencial está en el modo como se hacen las cosas y en el espíritu que anima esas acciones.

Hay, sin duda, situaciones que, como la guerra, obligan a la mujer a cambiar su modo habitual de vivir; puede aceptarse, en principio, que la sociedad moderna tiene la necesidad de que la mujer movilice sus actividades hacia campos distintos del hogar de cada una. Sería, sin embargo, grave error pensar que toda la inquietud actual de la mujer es una búsqueda de ocupaciones que nuestras antepasadas miraron como exclusivas del hombre. Prueba de ello es el traslado en masa de las mujeres pobres hacía las fábricas y oficinas, sin que tan gran cambio haya sido provocado por una campaña ideológica que lo haga aceptable a las conciencias tradicionales. Lo que la mujer ha de hacer por necesidad imperiosa, lo hace sin pedir permiso a la conciencia pública. El hondo sentido de esa inquietud femenina es el de una búsqueda de su razón de ser, de su misión en la vida. Es la búsqueda de una dignidad y de una valía que no sea un obsequio galante, pero misericordioso del hombre, sino un valor íntimo, absoluto, independiente de que el hombre o determinada sociedad lo comprenda y otorgue. Esta inquietud tiene como fuente el hecho de ser la mujer una *persona humana* igual que el

hombre, y no puede calmarla sino un concepto de la vida que reconozca ampliamente y estimule todas las aspiraciones hacia la vida intelectual, hacia la libertad y hacia el servicio de los demás, propias de la persona. Puede la mujer moderna vivir dentro de la casa o en la calle, ser obrera o universitaria, hacer campañas electorales o emplearse modestamente en formar el criterio de los electores; si no encuentra en estas o aquellas actividades el sentimiento de dignidad, de grandeza, de libertad, de generosidad que anhela, seguirá desazonada, buscando en cambios exteriores la solución de un problema que exige ante todo, cambio en lo interior, en el sentido de la vida, en el *por qué*, el *para qué* y el *cómo* de cuanto hace.

Cuál es, pues, la solución adecuada a esa inquietud de la mujer? Indudablemente el Cristianismo. Recordemos la inaudita revolución que produjo en el Imperio Romano, la altivez de jóvenes y aún de niñas, que por vez primera preferían la muerte al ideal que les ofrecía, como un grandioso don, los nobles y poderosos romanos. Todo el sentimiento de superioridad sobre la mujer que alienta en el hombre pagano, se encendió en el pecho de aquellos dominadores de pueblos que se veían resistidos en sus pretensiones por sencillas mujeres a quienes no convenían las ofertas de posición social, política, económica y de toda clase de placeres. Habían encontrado un camino de valorización y libertad para su perfeccionamiento, nunca conocido. Habían encontrado a Dios, principio y fin último de su vida. Toda la vida de la mujer ascendió magníficamente con este grandioso hallazgo. El celibato, el matrimonio, la juventud, la vejez, la alegría, el dolor! Las mujeres más humilladas por su propia debilidad y la brutalidad de los hombres, encontraron perspectivas de reivindicación moral que el mayor optimismo no les hubiera permitido siquiera imaginar. Sobre todo, se despertó en la mujer la avidez del saber: la predicación de los Padres de la Iglesia permitió a las mujeres de todas las clases sociales adquirir una cultura religiosa, filosófica, histórica y moral en nada inferior a la de los hombres. El Cristianismo produjo, por primera vez en la historia de la humanidad una reivindicación de los derechos y posibilidades de la mujer que no puede ser superada por cuanto no hay bien superior al bien absoluto: Dios! -El alma humana,- dice Pascal,- es un vaso que solo se llena con el infinito.-

Pero, se dirá: la mujer del siglo XIX y de principios del siglo XX ha sido profundamente religiosa, profundamente cristiana; por qué, entonces, anda buscando nuevas rutas? El ideal romántico no ofrece a la mujer, hoy como ayer, la posibilidad de vivir por Dios y para Dios? Hay aquí una equivocación que es preciso empezar a descubrir. La religiosidad de la mujer romántica ha carecido de varias cualidades esenciales, no digo para salvar su alma, sino para defenderse del trato de animal doméstico que el hombre le había venido dando, con mucha gentileza y galantería, durante varios lustros. Ante todo, ha sido ésta una religiosidad solitaria y sin bases racionales en la que no se ha sentido dirigida y respaldada por el hombre. Se le ha ofrecido el sacerdocio del hogar, pero en cambio el hombre ha estimado que dicho sacerdocio era apenas útil para los niños y el servicio doméstico. La religiosidad de la mujer de hogar empieza a tambalear porque no concibe cómo su esposo, su padre, sus hijos, sean tan buenas personas y den tan poca importancia a la religión, en el hogar. Ha sido una religiosidad tan sin respaldo intelectual que, a las primeras dificultades de orden histórico, político, psicológico o fisiológico que se le presentan, se ha encontrado sin defensa. Además, ha sido una religiosidad sin trascendencia a la vida pública. La ociosidad ha devorado años de juventud que la expectativa del matrimonio y los deberes caseros de hija y hermana hacendosa no alcanzaban a llenar. Es por esto que, para la mujer moderna, el cristianismo es un ideal por descubrir en muchos aspectos esenciales y un programa de elevación intelectual y de horizontes de acción altamente útiles para el bien común. La inquietud de la mujer actual sólo puede ser satisfecha por su re-cristianización: todo lo demás vendrá por añadidura, inclusive el voto en los comicios electorales, si así se lo dictare el anhelo de servicio, afinado por un cristianismo vivo.

El dilema de la mujer actual no es, por consiguiente, escoger entre residir en el hogar o en actuar fuera de él, sino en encontrar facilidades para conocerse y realizarse como persona humana sobrenaturalizada por la Gracia, o vivir encadenada al fatalismo de las características de su animalidad femenina, la belleza y la debilidad, tan elogiada y fugaz la una, tan explotada y pertinaz la otra. Parece llegado el momento de que la mujer salga del hogar para salvar el hogar. Que salga

del hogar, no por la novedad de abandonar tareas a las que su naturaleza la inclina, competir desventajosamente con el hombre en otras secularmente reconocidas como propias a la índole varonil, sino para conquistar su sitio bajo el sol como persona humana, para convencerse de que puede ser realmente compañera espiritual e intelectual, y que es capaz de dar el sentido de la vida a sus hijos. Que vaya a las instituciones culturales para aprender en ellas, a través de las ciencias especulativas y prácticas, por qué y cómo ha de emplearse primordialmente en la reconstrucción del hogar. Que salga también a descubrir y remediar la catástrofe insospechada de las clases trabajadoras cuyo hogar, o no ha podido formarse o se ha disuelto al golpe de las exigencias económicas y de la depravación moral del ambiente.

En este criterio se viene inspirando el Servicio Social Católico, el cual ofrece a la mujer un amplio programa de acuerdo con las exigencias de su naturaleza ya que, en el conjunto de conocimientos y prácticas requeridas para la profesión de Asistencia Social, encuentra el medio de formar su personalidad femenina centralmente orientada hacia la reconstrucción del hogar y al bien social, proporcionándole al mismo tiempo, si fuere necesario, ayuda e independencia económica, base de la libertad moral.

Ha sido el ideal de esta Escuela, contribuir a solucionar estos problemas; para lograrlo, hemos puesto y seguiremos poniendo nuestra confianza en Dios de quien, como dice una oración de la Iglesia, «proceden todos los anhelos generosos, las decisiones acertadas y las obras útiles».

Bogotá 29 de Noviembre de 1944

PROGRAMA DE ESTUDIOS DE GÉNERO, MUJER Y DESARROLLO (PGMD)

El Programa de Estudios de Género, Mujer y Desarrollo desde sus inicios ha orientado sus acciones a aportar al mejoramiento de las relaciones entre mujeres y hombres, al fortalecimiento de la identidad femenina, a formar investigadoras/es a nivel de Postgrado, a la investigación en estos temas desde diversas disciplinas, y a promover la equidad de género.

Cuenta con un equipo de investigadoras e investigadores docentes de reconocida trayectoria nacional e internacional.

El PGMD cuenta con dos programas de postgrado adscritos al Departamento de Trabajo Social y al Centro de Estudios Sociales (CES).

Maestría en Estudios de Género, Area Mujer y Desarrollo:

Los contenidos del curriculum así como las líneas de investigación se desarrollan con base en los conceptos de Mujer y Género, Equidad, Identidad, Desarrollo y Cambio Social. Su objetivo es formar investigadoras e investigadores capaces de generar conocimientos y formular propuestas de transformación en las relaciones entre mujeres y hombres, en un marco de equidad y solidaridad.

Tiene una duración de cuatro semestres, con una dedicación presencial de 9 horas semanales durante los tres primeros semestres y semipresencial en el cuarto. El calendario de clases es de 14 semanas. Está dirigido a profesionales con experiencia y/o en la temática de Género. Funcionarias/os de instituciones públicas y privadas con motivación por calificación formal en este campo de estudio.

Estructura Curricular

I Semestre

- Teorías de Mujer y Género I.
- Género, Cambio Social y Desarrollo I.
- Seminario - Taller de Investigación I.

II Semestre

- Teorías de Mujer y Género II.
- Género, Cambio Social y Desarrollo II.
- Seminario - Taller de Investigación II.

III Semestre

- Seminario de Profundización I.
- Seminario de Profundización II.
- Seminario de Tesis I.

IV semestre

- Seminario de Tesis II

Habrà una asignatura electiva, la cual podrá tomarse en el transcurso de los semestres académicos.

Especialización en proyectos de Desarrollo con Perspectiva de Género:

Los contenidos del curriculum así como las líneas de investigación se desarrollan con base en los conceptos de Mujer y Género, Equidad, Identidad, Desarrollo y Cambio Social. Su objetivo es calificar profesionales en la planeación, gestión y evaluación de Proyectos de Desarrollo que tengan en cuenta las necesidades específicas de las mujeres, y las necesidades de transformación de las relaciones entre mujeres y hombres, en un marco de equidad y solidaridad.

Tiene una duración de tres semestres, con una dedicación presencial de 9 horas semanales durante los primeros semestres y semipresenciales en el tercero. El calendario de clases es de 14 semanas.

Estructura Curricular

I Semestre

- Mujer y Género: Corrientes y Conceptos.
- Modelos de Desarrollo, Políticas Públicas y Género.
- Investigación y Planeación Social.

II Semestre

- Trabajo y Participación Política de las Mujeres.
- Diseño de Proyectos de Planificación y Gestión.
- Electiva.

III Semestre

- Seminario de Trabajo Final.

Requisitos de admisión

- Título profesional y acta de grado.
- Formulario de inscripción debidamente diligenciado con la documentación solicitada.
- Carta de motivación.
- Presentación de un ensayo.
- Acreditar capacidad de leer en un idioma extranjero.
- Sostener una entrevista con el Comité de Admisiones.

Equipo de docencia e investigación

- Luz Gabriela Arango.** Doctora en Sociología.
- Juanita Barreto.** Trabajadora Social. Estudios de Maestría en Política Social.
- Elvia Caro.** M.A. en Sociología.
- Zoraida Castillo.** Psicóloga, M.A. en Sociología y Antropología.
- Guiomar Dueñas.** Ph. D. en Historia.
- Angela María Estrada.** Psicóloga. Candidata a Doctora en Filosofía.
- Patricia Jaramillo.** Socióloga. Estudios de Maestría en Sociología.
- Magdalena León.** M.A. en Sociología.

- Donny Meertens.** Doctora en Antropología.
- Yolanda Puyana.** Trabajadora Social. M.A. Estudios de Población.
- Socorro Ramírez.** Doctora en Ciencias Políticas.
- María Himelda Ramírez.** Trabajadora Social. Candidata a Doctora en Historia.
- Ana Rico de Alonso.** Socióloga. M.A. Estudios de Población.
- Angela Robledo.** Licenciada en Letras. Ph. D. en Español.
- María Cristina Rojas.** Filósofa. Ph. D. en Ciencia Política.
- Luis Santos.** Médico Psicoanalista.
- Zulma Santos.** Trabajadora Social. Especialista en Planeación y Administración de Desarrollo Regional.
- Florence Thomas.** Psicóloga. M.A. Psicología Social.
- Mónica Tobón.** Psicóloga. Especialista en Planeación de Género y Desarrollo. Estudios de Postgrado en Estudios de la Mujer.
- Mara Viveros.** Economista. Doctora en Antropología.

Informes:

Programa de Estudios de Género, Mujer y Desarrollo. Centro de Estudios Sociales (CES), Unidad Camilo Torres. Cra. 50 No. 27-70, Bloque B 5-6, oficinas 613-615.

E-mail: genmujde@bacata.usc.unal.edu.co

Teléfonos: 316 5219 - 316 5000, ext. 18 623 - 18 624 - 18 625.

Telefax: 316 5238

Departamento de Trabajo Social, Edificio 212, Facultad de Ciencias Humanas, oficina 415.

Teléfono 316 5000, ext. 16 322 - 16 325. Telefax: 316 5558.